

BALANCE HISTORICO DE 1916.

Triunfo, enero 12/917

El tópico más odioso para el lector, como lo es para Cuba, como lo es para el redactor que escribe estas líneas, es el de la reelección presidencial y no obstante... No obstante es preciso que nos ocupemos de él en primer término, por que si alguna vez la eficiencia de nuestras instituciones ha estado comprometida, si algo ha podido poner en riesgo serio la República, ha sido ahora, en este año que hoy termina, y ha sido la funesta la indefendible reelección, según la frase lapidaria de don José de Armas y Cárdenas.

La reelección como principio, la reelección como hecho, ha dejado huellas imborrables en nuestra historia: fué la causa fatídica, la causa odiosa que obligó al pueblo cubano en un acto que lo dignifica y lo honra a levantar su enérgica y viril protesta en 1906, fué el torcedor, durante dos meses, y aun hoy se cierne como funebre amenaza, que mantuvo al país entero suspendido de resoluciones innecesarias, de recursos planteados en terreno lejano para mantener integérrima la voluntad del pueblo manifestada patéticamente en los comicios. La verdad comicial oscurecida y maltracheada por quienes estaban en el deber ineludible de respetarla, por quienes en 1906 se pronunciaron patrióticamente contra el obcecado Presidente Estrada que la había mixtificado a impulsos de una se-

ñal y descarriada ambición. La verdad electoral que a toda costa querían falsear los que no han tenido escrúpulos en declarar que el liberalismo ha realizado actos en perjuicio de los conservadores, que el reeleccionismo no ha podido ejecutar por amor a la patria.

¿Cómo si fuera posible a la hipocresía gemebunda disfrazar bajo la piel de un león cuya característica es la bravura y la lealtad la piel repugnante de la hiena que solo inspira repugnancia por que se nutre con los despojos del que ataca a la luz y frente a frente, sino con los restos roídos por la podredumbre del animal que venció otro enemigo que cayó derrotado en la vida por enfermedad o por vejez.

La reelección, que inspira cólera, por lo que significa y por lo que representa, por lo que hizo antes y por lo que acaba de realizar ahora, es el primer asunto que ha de tratar el que pretenda historiar el fenecido año, y ofrecer un panorama de sus variados acontecimientos. Los asuntos se imponen al periodista, no tiene, en los más de los casos el derecho de elegirlos. Si así fuera, no sería por cierto nuestra pluma la que mencionaría esa funesta ambición, esa Caja de Pandora de las democracias hispanoamericanas que se llama la reelección...

El día quince de enero pronunció en la Junta Provincial conservadora de Oriente su famoso discurso el señor Yero Sagol. Lo víbrante palabra de ese patriota como la de Wifredo Fernández, como la del general Milanés, no pudo detener la conspiración tramada. Anunció el cívico oriental los males que hemos palpado, y no so-

no consiguió que retrocediera el reeleccionismo, odiado y maldecido por la mayoría conservadora, como lo maldecía y odiaba el resto del país, sino que ni siquiera alcanzó lo que podía esperarse de esa actitud ejemplar: que se detuvieran en sus desmanes los que habían sabido que el triunfo de la minoría no puede obtenerse sino por la coacción o por la violencia, en todo caso por los medios que la ley rechaza y la razón condena. Trajo EL TRIUNFO a sus columnas aquel hermoso documento, vibrante oración de un patriota, de un cubano digno que sacrifica sus conveniencias personales ante el bien de su país. Fué inútil el esfuerzo: horas más tarde, el día 19, pronunciaba Wifredo Fernández en la Convención Nacional de su Partido aquel otro magnífico discurso que conmovió a Cuba entera. El atentado no debía fracasar: intereses mezquinos, una ambición absurda, una total carencia de escrúpulos contestaba con el desprecio más absoluto a las solicitudes del patriotismo, a la previsión política, a los que alzaban su voz en nombre de la República, y en un medio desmoralizado y corrompido por todas las concupiscencias no addicaban de los mandatos de la conciencia, ni echaban a barato los preceptos superiores de una moral social que escarnecen los que invocándola lograron alzarse a posiciones encumbradas que solo han servido para poner al desnudo la incapacidad de sus inteligencias inferiores a la medianía y su moralidad íntima y consustancial.

Los escándalos que con vergüenza de las gentes dignas y con una impunidad que mantienen en el asombro a los que suponíamos que

ciertos delitos no podían cometerse sin el condigno castigo que al menos por cubrir las formas se impusiera aunque uno de esos innúmeros indultos con que se beneficia entre nosotros al hampa más repulsiva sustrajera de la acción penal a los culpables, esos vergonzosos actos que ha denunciado la prensa liberal designando a sus autores, tuvieron su inicio el día 31 de enero, con el secuestro, que quedó, también, impune, del señor Aurelio Alcalá al dirigirse de Quivicán a Madruga acompañado de algunos amigos, para asistir a la sesión de la Junta Provincial Conservadora en que habían de tomarse acuerdos referentes a la reelección de la cual era conocido adversario el señor Alcalá. Clamó la prensa contra aquel atentado y un proceso amañado libró de toda punición a los culpables, perfectamente convitos, y aún confesos que el delito, por más odioso que sea para las personas dignas, resultaba un mérito a los ojos del Gobierno. Día antes, el 23 de enero, había publicado EL TRIUNFO unas vibrantes declaraciones del General Loynaz, en las que esbozaba su actitud futura y se declaraba paladinamente como cumple hacerlo a quien siempre ha sido ejemplo de civismo, contra el intento reeleccionista.

Toda la vil campaña llevada a cabo por Wifredo Fernández en su culto diario, en las asambleas de su Partido, entre los miembros de su Partido. La cívica y enérgica actitud del general Milanés y de tantos otros esforzados conservadores, sinceros en su adhesión personal algunos al que a toda costa quería ser de nuevo candidato, pero irreductibles opositores a la reelección, se estrelló contra el in-

terés protervo de un grupo de intrigantes, contra la ambición personal del que debía ser favorecido contra las impurezas de una realidad que no ha logrado la adaptación del Mandatario, sino que ha sido aumentada en términos que causan horror, por ese mismo mandatario y sus secuaces, sin colaboradores, el Gobierno ha tenido cómplices: los tuvo para dar el golpe de gracia a la buena doctrina, para forjar con los más torpes artesanos una mayoría ficticia falsificada con gráfica expresión como una asamblea en que decidió el voto de "los muertos".

El atentado contra el cual se alzaba el país casi unánime, que maldecían por anticipado todos los espíritus previsores, se consumió al cabo.

Debía consumarse: es el triste sino de los Partidos llamados conservadores, que unas veces por acción, otras, como en este caso, por omisión y sometimiento inexplicable, echan sobre ellos enormes responsabilidades de las cuales la Historia no puede absolverlos. La mayoría conservadora era franca, decididamente contraria a la reelección: bastaría citar los nombres de aquellos que ocupando posiciones oficiales eminentes o disfrutando de sólido arrastre entre sus correligionarios, lucharon hasta el último instante por impedir que la reelección triunfara. Era un empeño noble, que por esa misma condición estaba llamado a fracasar en un periodo, por dicha fugaz, de nuestra evolución política, en el cual solo han vencido las causas más deplorables, las más odiosas y las más perjudiciales al interés de Cuba.

Triunfo, en 10/17